

Canto XIII

Qué raro se me hacía cuando
Mircea Ivănescu me decía que se
afeitaba sin mirarse al
espejo. Los pequeños cortes de
su cara me parecían cada uno de ellos
un poema absurdo. Los contaba
como una antología.

Hoy me afeito y me lavo los dientes
sin mirarme al espejo. Evitando ver
mis ojos. Los ojos son la única
parte del cerebro que se ve,
no. Pero yo no soy contemporáneo
a mi cerebro. Lo que es
un privilegio. Prefiero

apoyar los ojos en
la ventanita del baño. La cuchilla hace
su trabajo en las mejillas y
el cuello. Más tarde
contaré los cortes como un
rosario.

Mientras tanto, los que llegaron hace
unos siglos a mi cerebro
lo masacran con gruesas palancas
de luz. Le hacen bien. Lo golpean
como a un traidor y rebelde.
Es lo que es.

Y si de vez en
cuando emite gemidos casi
humanos, no os dejéis impre-
sionar. Yo no lo hago. Sus gemidos
y yo no somos
contemporáneos. Destruído bajo
las palancas de luz, este
cerebro que tenía el aire de
una víctima perfecta
de hecho lo era.

Él también contará algún día
los desastres como una
antología. Esto también será
un privilegio.

Canto XIV

Un día este día también será cegador
como un manicomio
y estoy destrozado de tanto vivir.

Tenía 17 años y era mozo
en un almacén al por mayor en Siretului
y descargaba diez toneladas de azúcar
yo solo en dos horas
y no estaba ni la mitad de
destrozado que ahora, cinco minutos después
de dejar a Sebastian en la
guardería. Tenía 19 años papá se había ahor-
cado casi un mes antes y yo era
Kierkegaard y vodka
y no estaba ni un cuarto de
destrozado que ahora. Tenía quién
sabe cuántos años y me seguía apartando
de la poesía y estaba
destrozado y cegado como después
de diez toneladas de azúcar.

Como después de diez días de
Kierkegaard y vodka.

Éramos tres mozos en Siretului,
yo el más joven y el único que trabajaba
en negro. Cargábamos toneladas a diario
y las cajas de madera estaban llenas de
clavos y nuestros hombros ensangrentados
eran tan dulces como el azúcar. Como Søren.
Como el vodka. Uno de los mundos
perversos que te dan
la ilusión de que la poesía realmente
existe e importa. En los que el cuello
sabe que es ahorcable y canta
de felicidad. En los que la mente
está llena de azúcar y maldad
y sabe que un día
este día cegador
va a ser real y va a ser
el mismo manicomio.

Tú, cuello ahorcable, tú, corazón
de vodka y azúcar - lo sé, cargáis
toneladas a diario y seguís apartándoos
de la poesía. Pero calmaos,

os lo juro por el perchero en el que
cuelgo por las mañanas el abrigo
de Sebastian en la guardería:
un día, el vodka y Kierkegaard
dejarán de existir. Seremos
orugas viejas. Dejaré de sufrir.

Canto XXV

Valla blanca de madera: la mochilita
de niño iluminando todo
el cementerio.

Valla blanca de madera: niño apretando
la muñequita contra el pecho y precipitándose
hacia el sueño como desde
una sillita.

Valla blanca de madera: ojos de niño
moviéndose en sueños al ritmo
de una cuerda que se
balancea.

Oh, sí, Anne Sexton, claro que
se pueden construir vallas blancas
de madera que mantengan
las pesadillas alejadas. Se pueden construir
mundos enteros en los que el pensamiento
no despedace el cerebro. En los que
la inocencia no sea solo para
niños y devastados;

y nuestra mutilación
subtitulará llena de ternura
la manera en la que la madre llama al niño
a la mesa;

y en alguna parte en la feria
nosotros, los “periferiáticos”, escribiremos
elegantes cantos domésticos
sobre la mutilación.

Pero para
quién.

Canto XXVII

Papá, ya me has hablado demasiado,
es suficiente, desde ahora te hablaré yo.
No en sueños, de verdad.

Te lo digo claro desde ya mismo:
por mucho que ame tu suicidio,
yo no me suicidaré.

Por muy tecnicolor que sea la muerte,
por muy guapos que seamos los dos
en la película de nuestros suicidios dirigida

por ese mismo, por mucha
poesía pura que haya en los manuales de suicidología -
no me suicidaré.

Yo también me corté los brazos con una cuchilla,
tengo más cicatrices
que fotos de los dos juntos, o solo tuyas.

Me bebí tazas enteras de alcohol metílico,
esperando horripilado morir directamente,
no despertarme ciego al día siguiente.

¿Te crees que no sé lo dulcemente
que penetra la cuchilla en la carne
del antebrazo, bajando cada vez más

por los cortes jugosos de sangre
por los que pasará salpicando
el carro de ruedas doradas de Dios?

¿Te crees que no veo cómo las cicatrices se vuelven
luminosas como niños mimados
cada vez que pienso en ti?

He envidiado, todavía envidio hasta el desmayo
a los muertos tan inmersos en su silencio
como rosas que se huelen a sí mismas.

Pero papá, esas rosas son sin porqué,
florecen como las personas se suicidan.
No tienen otra solución. Yo tampoco:

Después de cortar la cuerda alrededor de tu cuello,
tú solo podías mirarme a mí a los ojos.

Yo miro a los ojos a Sebastian.

Y ahora, solo entre tus rosas,
tú solo puedes mirar a los ojos a Dios.
Mientras que yo miro a los ojos a Sebastian.

Así que entiende y perdona, papá -
no me suicidaré.
(Y solo esto es, de hecho, un suicidio).

Del volumen 4 A.M. Cantos Domésticos, (Casa de editură Max Blecher, 2015)

Qué te dice uno de tus más queridos
muertos, el muerto más amado
cuando la conciencia te deja soñarlo:

“Querido, aquel día en el que el sol de noviembre
era cálido como un cadáver fresco
y yo me moría en tus brazos

no me imaginaba que aquí
donde todo está espantosamente bien,
hay un aire fuerte como el vodka, te tiemblan las piernas

y te araña el estómago, tanto que te espero
cada día más arruinado,
más borracho, más desfallecido.

Tu no tengas prisa, ocúpate de vivir,
yo aquí saldré adelante
hasta que vengas tú -

como la sopa agria tras la dulce borrachera,
como el yogurt sobre el hígado con esteatosis,
como la glucosa en las venas maceradas.

Incluso aunque el aire de aquí me vuelva cirrótico
no tengas prisa, que aquí ya no tengo donde morir.
Creo. Así que vive tu felicidad,

te comeré con los ojos cuando vengas,
no me llegará ni para una muela, cierto,
y me estrecharás, como entonces, en brazos

bajo el sol cálido de aquí,
y puede que esta vez me recupere,
que tu abrazo de muerto fresco

me penetre como una inyección de adrenalina
en el corazón. Estate vivo, estate feliz de tu vida viva,
por ridículo que suene esto.”

Aquí te levantas con las mejillas ardientes y el cerebro
empañado en la cazoleta del cráneo como una patata caliente,
mucho tiempo hervida para una mesa pobre.

Qué te dice uno de tus más queridos
muertos, el muerto más amado
cuando la conciencia te deja soñarlo:

“Cuando yo era un niño, hablaba como niño,
cuando estoy muerto, hablo como muerto
y, tal como el niño murmura en gorjeos lo que decís

así nosotros murmuramos lo que decís
sólo que en el más allá todo va al revés:
todo lo que decís lo contradecimos rápidamente

para mantener el equilibrio entre mundos. Y
si vosotros habláis, como se dice,
siempre bien de los muertos,

entonces a una sola voz nos apresuramos
a hacer todo lo contrario:
a hablar siempre mal de los vivos

y cuanto más habláis de nosotros, empalagosos
de amor y dolor, siempre mejor,
más hablamos nosotros, envenenados de amor

siempre mal. Cuando lloráis, nos reímos,
con tanta cólera os insultamos
hasta que todo empieza a encauzarse

y el mal construye a nuestro alrededor
una urbanización tranquila y verde
con casas adecuadamente luminosas

con cortinillas adecuadamente limpias
con madres adecuadamente jóvenes y hermosas
mandando a sus adecuados niños a la escuela,

con padres con vidas adecuadas, en las que el suicidio
no se inventará jamás

un mundo adecuado y luminoso

como si brotara del cerebro de un ideólogo demente
como decía, una señal de que todo se ha encauzado.
Mas estad preparados -cuando nosotros hablemos bien

tendréis el corazón en el infierno y desesperaréis
pues nuestro amor todo soporta
y no tiene en cuenta el mal. No hay escapatoria para nuestro amor.

Jadeas, no como tras el sueño, sino como tras el amor, y casi riendo.
Pues antes o después sucederá.
Algún día nuestros muertos rezarán por nosotros.

Del volumen *La cuerda florecida* (Casa de editură Max Blecher, 2015)